

muchacha era tenaz y estaba dispuesta á no ceder.

—Martín ha venido á darme noticias de la Ignacia, y como sabe que no le quieren en la casa por eso ha saltado la tapia.

Cuando Carlos supo que Martín estaba solamente herido en un brazo y que se paseaba vendado por el pueblo siendo el héroe, se sintió furioso, pero por si acaso, no se atrevió á salir á la calle.

Con el atentado la hostilidad entre Carlos y Catalina ya existente se acentuó de tal manera que doña Agueda para evitar agrias disputas envió de nuevo á Carlos á Oñate y ella se dedicó á vigilar á su hija.

LIBRO SEGUNDO

Andanzas y correrías



CAPÍTULO I

EN EL QUE SE HABLA DE LOS PRELUDIOS
DE LA ÚLTIMA GUERRA CARLISTA

HAY hombres para quienes la vida es de una facilidad extraordinaria. Son algo así como una esfera que rueda por un plano inclinado, sin tropiezo, sin dificultad alguna. ¿Es talento, es instinto ó es suerte? Los propios interesados aseguran ser instinto ó talento, sus enemigos dicen casualidad, suerte, y esto es lo más probable que lo otro porque hay hombres excelentemente dispuestos para la vida, inteligentes, enérgicos, fuertes y que sin embargo no hacen más que detenerse y tropezar en todo.

Un proverbio vasco dice: El buen va-

lor asusta á la mala suerte. Y esto es verdad á veces... cuando se tiene buena suerte.

Zalacaín era afortunado; todo lo que intentaba lo llevaba bien. Negocios, contrabando, amores, juego... Su ocupación principal era el comercio de caballos y de mulas que compraba en Dax y pasaba de contrabando por los Alduides ó por Roncesvalles.

Tenía como socio á Capistun el Americano, hombre inteligentísimo, ya de edad, á quien todo el mundo llamaba el americano, aunque se sabía que era gascón. Su mote procedía de haber vivido en América mucho tiempo.

Bautista Urbide, el antiguo panadero de la tahona de Archipi, formaba muchas veces parte de las expediciones. Lo mismo Capistun que Martín tenían como punto de descanso, el pueblo de Zaró, próximo á San Juan del Pie del Puerto, donde vivía la Ignacia con Bautista.

Capistun y Martín conocían, como pocos, los puertos de Ibantelly y de Atchuria, de Alcorrunz y de Larratecoeguia, toda la línea de Mugas de Zugarramurdi. Habían recorrido muchas veces los caminos que hay entre Meaca y Urdax, entre Izpegui y San Estéban de Baigorri, entre Biriatu y Endarlaza, entre Elorrieta, la Banca y

Berdáritz. En casi todos los pueblos de la frontera vasco-navarra, desde Fuenterrabía hasta Valcarlos tenían algún agente para sus negocios de contrabando.

Conocían también, palmo á palmo, las veredas que van por las vertientes del monte Larrun y no había misterios para ellos hacia el lado Este de Navarra en esas praderas altas, metidas entre los bosques de Irati y de Ori.

La vida de Capistun y Martín era accidentada y peligrosa. Para Martín la consigna del viejo Tellagorri era la norma de su vida. Cuando se encontraba en una situación apurada cercado por los carabineros, cuando se perdía en el monte en medio de la noche, cuando tenía que hacer un esfuerzo sobre sí mismo, recordaba la actitud y la voz del viejo al decir: ¡Firmes! ¡Siempre firmes! Y hacía lo necesario en aquel momento con decisión.

Tenía Martín serenidad y calma. Sabía medir el peligro y ver la situación real de las cosas sin exageraciones y sin alarmas. Para los negocios y para la guerra el hombre necesita ser frío.

Martín comenzaba á impregnarse del liberalismo francés y á encontrar atrasados y fanáticos á sus paisanos, pero, á pesar de esto, creía que don Carlos en el instante que iniciase la guerra, conseguiría la victoria.

En todo el Mediodía de Francia se creía lo mismo.

El gobierno de la República, los subprefectos y demás funcionarios de la frontera española dejaban pasar á los facciosos; y en los coches de Elizondo, por los Alduides, por San Estéban de Baigorri, por Añoa, viajaban los jefes carlistas con sus uniformes é insignias de mando.

Martín y Capistun, además de mulas y de caballos, habían llevado á diferentes puntos de Guipúzcoa y de Navarra, armas y materias necesarias para la fabricación de pólvora, cartuchos y proyectiles, y hasta llegaron á pasar por la frontera un cañón, de desecho de la guerra franco prusiana, vendido por el Estado francés.

Los comités carlistas funcionaban á la vista de todo el mundo. Generalmente, Martín y Capistun, se entendían con el de Bayona, pero algunas veces tuvieron que relacionarse con el de Pau.

Muchas veces habían dejado en manos de jóvenes carlistas, disfrazados de boyerizos, barricadas llenas de armas. Los carlistas montaban las barricadas en un carro y se internaban en España.

—Es vino de la Rioja—solían decir en broma al llegar á los pueblos, y el alcalde y el secretario cómplices los dejaban pasar.

También solían cargar plomo en carros que cubrían de tejas, que había de servir para fundir balas.

La alusión á la guerra próxima se notaba en una porción de indicios y señales. Curas, alcaldes y *jaunchos* se preparaban. Muchas veces al cruzar un pueblo se oía una voz aguda como de Carnaval que gritaba en vasco: *¿Noiz zuazté?* (*¿Cuándo os vais?*) lo que quería decir: *¿Cuándo os echáis al campo?*

Había también una canción vascuence que aludía á la guerra y que se llamaba *Gu guerá* (Nosotros somos). Era así:

UNA VOZ

Bigarren chandan
aditutz endet
ate joca *dan dan*.
Ate onduan
norbait dago ta
galdezazu nor dan.

(Por segunda vez oigo que están llamando á la puerta, *dan dan*. Junto á la puerta hay alguno. Pregunta quién es.

VARIAS VOCES

Ta gu guerá
Ta gu guerá
gabiltzanac
gora berá
etorri nayeau onera.
Ta gu guerá

etorri nayeán onera.
 Ta gu guerá
 Ta gu guerá
 Quirlis Carlos
 Carlos Quirlis
 Ecarri nayeán onerá.

(Nosotros somos, nosotros somos los que andamos de arriba á abajo queriendo venir aquí. Nosotros somos, nosotros somos Quirlis Carlos, Carlos Quirlis, queriéndole traer aquí).

Y mientras en las provincias se organizaba y preparaba una guerra feroz y sangrienta, en Madrid políticos y oradores se dedicaban con fruición á los bellos ejercicios de la retórica.

Un día de mayo fueron Martín, Capistun y Bautista á Vera. La señora de Ohando tenía una casa en el barrio de Alzate y había ido á pasar allí una temporada.

Martín quería hablar con su novia y Capistun y Bautista le acompañaron. Salieron de Sara y marcharon por el monte á Alzate.

Martín contaba con una de las criadas de Ohando, partidaria suya, y ésta le facilitaba el poder hablar con Catalina. Mientras Martín quedó en Alzate, Capistun y Bautista entraron en Vera.

En aquel mismo momento don Carlos de Borbón, el pretendiente, llegaba ro-

deado de un estado mayor de generales carlistas y de algunos vendeanos franceses.

Se leyó una alocución patriótica, y después don Carlos, repitiendo el final de la alocución, exclamó:

—Hoy dos de mayo. ¡Día de fiesta nacional! ¡Abaco el *extranquero!*

El *extranquero* era Amadeo de Saboya.

Capistun y Bautista anduvieron entre los grupos. Se decía que uno de aquellos caballeros era Cathelineau, el descendiente del célebre general vendeano, se señalaba también al conde de Barrot y á un marqués navarro.

Cuando llegó Martín á Vera, se encontró la plaza llena de carlistas, Bautista le dijo:

—La guerra ha empezado.

Martín se quedó pensativo.

Volieron Martín, Capistun y Bautista á Francia. Bautista gritaba irónicamente á cada paso:— ¡Abaco el *extranquero!*— Zalacaín pensaba en el giro que tomaría aquella guerra así iniciada y en lo que podría influir en sus amores con Catalina.



CAPÍTULO II

CÓMO MARTIN, BAUTISTA Y CAPISTUN
PASARON UNA NOCHE EN EL MONTE

UNA noche de invierno marchaban tres hombres con cuatro magníficas mulas cargadas con grandes fardos. Salidos de Zaro por la tarde, se dirigían hacia los altos del monte Larrun.

Costeando un arroyo que baja á unirse con la Nivelles y cruzando prados, llegaron á una borda donde se detuvieron á cenar.

Los tres hombres eran Martín Zalaicán, Capistun el gascón y Bautista Urbide. Llevaban una partida de uniformes y de capotes.

El alijo iba consignado á Lesaca en donde lo recogerían los carlistas.

Después de cenar en la borda los tres hombres sacaron las mulas y continuaron el viaje subiendo por el monte Larrun.

Era la noche fría, comenzaba á nevar. En los caminos y sendas llenos de lodo, se resbalaban los piés; á veces una mula entraba en un charco hasta el vientre y á fuerza de fuerzas se lograba sacarla del aprieto.

Los animales llevaban mucho peso. Era preciso seguir el camino largo, sin utilizar las veredas, y la marcha se hacía pesada. Al llegar á la cumbre y al entrar en el puerto de Ibantelly les sorprendió á los viandantes una tempestad de viento y de nieve.

Se encontraban en la misma frontera. La nieve arreciaba; no era fácil seguir adelante. Los tres hombres detuvieron las mulas, y mientras quedaba Capistun con ellas, Martín y Bautista se echaron uno á un lado y el otro al otro para ver si encontraban cerca algún refugio, cabaña ó choza de pastor.

Zalacaín vió á pocos pasos una casucha de carabineros cerrada.

—¡Eup! ¡Eup!—gritó.

No contestó nadie.

Martín empujó la puerta, sujeta con un clavo, y entró dentro del chozo. Inmediatamente corrió á dar parte á los amigos de su descubrimiento. Los

fardos que llevaban las mulas tenían mantas, y extendiéndolas y sujetándolas por un extremo en la choza de los carabineros y por otro en unas ramas, improvisaron un cobertizo para las cabañerías.

Puesta en seguridad la carga y las mulas entraron los tres en la casa de los carabineros y encendieron una hermosa hoguera. Bautista fabricó en un momento con fibras de pino una antorcha para alumbrar aquel rincón.

Esperaron á que pasara el temporal y se dispusieron los tres á matar el tiempo junto á la lumbre. Capistun llevaba una calabaza llena de aguardiente de Armagnac y mezclándolo con agua que calentaron, bebieron los tres.

Luego, como era natural, hablaron de la guerra. El carlismo se extendía y marchaba de triunfo en triunfo. En Cataluña y en el país vasco-navarro iba haciendo progresos. La República española era una calamidad. Los periódicos hablaban de asesinatos en Málaga, de incendios en Alcoy, de soldados que desobedecían á los jefes y se negaban á batirse. Era una vergüenza.

Los carlistas se apoderaban de una porción de pueblos abandonados por los liberales. Habían entrado en Estella.

En las dos orillas del Bidasoa, lo mismo en la frontera española que en la

francesa se sentía un gran entusiasmo por la causa del Pretendiente.

Capistun y Bautista señalaron sus conocidos alistados ya en la facción. La mayoría eran mozos, pero no faltaban tampoco los viejos. Los fueron citando.

Allá estaban Juan Echeberrigaray, de Espeleta; Tomás Albandos, de Añoa; el herrero Lerrumburo, de Zaro; Echebarria, de Irisarri; Galparzasoro el alpargatero de Urruña; Mearuberry el carnicero de Ostabat; Miguel Larralde, el de Azcain; Carricaburo, el mozo de un caserío de Arhamus; Chaubandidegui, el hijo del confitero de Azcarat; Peyrohade y Lafourchette, los dos mozos del bazar de Hasparren.

— ¡Valientes granujas! — murmuró Martín que escuchaba.

Capistun y Bautista siguieron su enumeración. Estaban también Bordagorri, el de Meharín; Achucarro de Urdax; Etchehun, el versolari de Chacxu; Gañecoehia de Osses; Bishiño de Azparrain, Listurria de Briscus; Rebenacq de Pourtalés el propietario de Saint Palais con el barón Lesbas d'Armagnac, de Mauleon; Detchesarry, el sacristán de Biriatu; Guibeleguieta de Barcus, Iturbide de Hendaya, Echemendi el minero de Articuza, Chocoa el cantero de San Esteban de Baigorri, Garraiz el cazador de palomas de Echalar,

Setoain el leñador de Esterensuby, Isuribere el pastor de Urepel y Chiquierdi el de Zugarramurdi.

Los vascos, siguiendo las tendencias de su raza, marchaban á defender lo viejo contra lo nuevo. Así habían peleado en la antigüedad, contra el romano, contra el godo, contra el árabe, contra el castellano, siempre á favor de la costumbre vieja y en contra de la idea nueva.

Estos aldeanos y viejos hidalgos de Vasconia y de Navarra, esta semi-aristocracia campesina de las dos vertientes del Pirineo creía en aquel Borbón, vulgar extranjero y extranjerizado, y estaban dispuestos á morir para satisfacer las ambiciones de un aventurero tan grotesco.

Los legitimistas franceses se lo figuraban como un nuevo Enrique IV; y como de allí, del Bearn, salieron en otro tiempo los Borbones para reinar en España y en Francia, soñaban con que Carlos VII triunfaría en España, acabaría con la maldita República Francesa, daría fueros á Navarra, que sería el centro del mundo, y además restablecería el poder político del Papa en Roma.

Zalacain se sentía muy español y dijo que los franceses eran unos cochinos porque debían hacer la guerra en su tierra si querían.

Capistun, como buen republicano, afirmó que la guerra en todas partes era una barbaridad.

—Paz, paz es lo que se necesita—añadió el gascón—paz para poder trabajar y vivir.

—¡Ah la paz!—replicó Martín contradiciéndose—es mejor la guerra.

—No, no—repuso Capistun.—La guerra, es la barbarie nada más.

Discutieron el asunto, el gascón, como más ilustrado, aducía mejores argumentos, pero Bautista y Martín replicaban:

—Sí todo eso es verdad, pero también es hermosa la guerra.

Y los dos vascos especificaron lo que ellos consideraban como hermosura. Ambos guardaban en el fondo de su alma un sueño cándido y heroico, infantil y brutal.

Se veían los dos por los montes de Navarra y de Guipúzcoa al frente de una partida, viviendo siempre en acecho, en una continua elasticidad de la voluntad, atacando, huyendo, escondiéndose entre las matas, haciendo marchas forzadas, incendiando el caserío enemigo...

¡Y qué alegrías! ¡Qué triunfos! Entrar en las aldeas á caballo, la boina sobre los ojos, el sable al cinto, mientras las campanas tocan en la iglesia. Ver, al huir de una fuerza mayor, como aparece entre el verde de las heredades el cam-

panario de la aldea donde se tiene el asilo; defender una trinchera heroicamente y plantar la bandera entre las balas que silban; conservar la serenidad mientras las granadas caen estallando á pocos pasos, y caracolear en el caballo delante de la partida, marchando todos al compas del tambor.

¡Qué emociones debían ser estas! Y Bautista y Martín soñaban con este placer de atacar y de huir, de bailar y de robar en los Ayuntamientos, de acechar y de escapar por los senderos húmedos y dormir en una borda sobre una cama de hierba seca.

—¡Barbariel ¡Barbariel —replicaba á todo esto el gascón.

—¡Qué barbarie!—exclamó Martín.—¿Se ha de estar siempre hecho un esclavo sembrando patatas ó cuidando cerdos? Prefiero la guerra.

—¿Y por qué prefieres la guerra? Para robar.

—No hables, Capistun, que eres comerciante.

—¿Y qué?

—Que tú y yo robamos con el libro de cuentas. Entre robar en el camino ó robar con el libro de cuentas, prefiero á los que roban en el camino.

—Si el comercio fuera un robo no habría sociedad—repuso el gascón.

—¿Y qué?—dijo Martín.

—Que acabarían las ciudades.

—Para mí las ciudades están hechas por miserables y sirven para que las saqueen los hombres grandes—dijo Martín.

—Eso es ser enemigo de la humanidad.

Martín se encogió de hombros.

Poco después de media noche la nieve comenzó á cesar y Capistun dió la orden de marcha. El cielo había quedado estrellado. Los pies se hundían en la nieve y se sentía un silencio de muerte

—*Cantats, amics*—dijo el gascón en su lengua, á quien tanta tristeza molestaba.

—No nos vayan á oír—advirtió Bautista.

—¡Cál!—y el gascón cantó:

¡Oan! ¡Oan! Ius de deuan
Ius de darrer que seguirán.
Lus de darrer oan, oan,
que seguirán á trot de can.

(¡Adelante! Adelante, los de delante y los de atrás que seguirán. Los de atrás, adelante, adelante, que seguirán al trote de can).

Era esta una vieja canción gascona para medir la marcha; muy buena para el llano, pero poco oportuna en aquellos vericuetos.

Bautista, animado por el ejemplo del

gascón, cantó un zortzico vasco francés que decía así:

Gau erdi da
errico oreneau
iñon ez da
arguiric lurean
ez diteque
mendiau adi deuzic
aicearen
arrabotza baicic.

(Es media noche en el reloj de este pueblo, en ninguna parte hay luz, en la tierra; no se puede, en el monte, oír más que el rumor estruendoso del viento).

La canción de Bautista era de una salvaje melancolía; Martín lanzó un grito, el *irrintzi*, como una larga carcajada, ó un relincho salvaje terminado en una risa burlona. Capistun, como protestando, cantó:

Del castelet á l'aube
sort Isabeu,
es blanquette sa raube
como la neu.

(Del castillete, al alba, sale Isabel; es blanquita su ropa como la nieve).

A Martín y á Bautista no les gustaban las canciones del gascón que les parecían empalagosas, y á éste tampoco las de sus amigos, á las cuales encontraba siniestras y discutieron acerca de las excelencias de sus respectivos países

Iba á amanecer; comenzaban á acercarse á Vera, cuando se oyeron á lo lejos varios tiros.

—¿Qué pasa aquí?—se preguntaron.

Tras de un instante se volvieron á oír nuevos tiros y un lejano sonido de campanas.

—Hay que ver lo que es.

Decidieron como más práctico que Capistun, con las cuatro mulas, se volviera y se encaminara despacio hacia la choza de carabineros donde habían pasado la noche. Si no ocurría nada en Vera, Bautista y Zalacaín retornarían inmediatamente. Si en un par de horas no estaban allá, Capistun debía ganar la frontera y refugiarse en Biriatu, en Zaro ó donde pudiese.

Las mulas volvieron de nuevo camino del puerto, y Zalacaín y su cuñado comenzaron á bajar del monte en línea recta, saltando, deslizándose sobre la nieve, á riesgo de romperse algo. Media hora después entraban en las calles de Alzate, cuyas puertas todas se veían cerradas.

Llamaron en una posada conocida. Tardaron en abrir, y al último el posadero se presentó en la puerta.

—¿Qué pasa?—preguntó Zalacaín.

—Que ha entrado en Vera otra vez la partida del Cura.

Bautista y Martín sabían la reputación

del Cura y su enemistad con algunos generales carlistas, y convinieron en que era peligroso bajar el alijo á Vera ó á Lesaca, mientras anduvieran por allí las gentes del ensotinado cabecilla.

—Vamos en seguida á darle el aviso á Capistun—dijo Bautista.

—Bueno, véte tú—repuso Martín—yo te alcanzo en seguida.

—¿Qué vas á hacer?

—Voy á ver si le veo á Catalina.

—Yo te esperaré.

Catalina y su madre vivían en una magnífica casa en Alzate. Llamó Martín en ella, y á la criada que ya le conocía, la dijo:

—¿Está Catalina?

—Sí... Pasa.

Entró en la cocina. Era esta grande y espaciosa y algo oscura. Alrededor de la ancha campana de la chimenea colgaba una tela blanca planchada, sujeta por clavos. Del centro de la campana bajaba una gruesa cadena negra, en cuyo garfio final se enganchaba un caldero, en donde hervía la comida para las gallinas. A un lado de la chimenea había un banquillo de piedra, sobre el cual estaban en fila tres herradas con los aros de hierro brillantes, como si fueran de plata. En las paredes se veían cacerolas de cobre rojizo y todos los chismes de cocina de la casa, desde

las sartenes y cucharas de palo, hasta el calentador que también figuraba colgado en la pared como parte integrante de la batería de cocina.

Aquel orden parecía algo absurdo y extraordinario en medio de la agitación exterior.

La criada había subido la escalera, y tras de algún tiempo bajó Catalina envuelta en un mantón.

—¿Eres tú?—dijo sollozando

—Sí, ¿qué pasa?

Catalina, llorando, contó que su madre estaba muy enferma, su hermano Carlos había ido con los carlistas y á ella querían meterla en un convento.

—¿A dónde te quieren llevar?

—No sé, todavía no se ha decidido.

—Cuando lo sepas, escíbeme.

—Sí, no tengas cuidado. Ahora véte, Martín, porque mi madre habrá oído que estamos hablando, y como ha sentido los tiros de hace poco está muy alarmada.

Efectivamente, se oyó poco después una voz débil que exclamaba:

—¡Catalina! ¡Catalina! ¿Con quién hablas?

Catalina tendió la mano á Martín, pero él la estrechó en sus brazos. Ella se desprendió de ellos viendo que la volvían á llamar y subió la escalera. Zalacaín la contempló absorto y luego

abrió la puerta de la casa, la cerró despacio y al encontrarse en la calle se vió con un espectáculo inesperado. Bautista discutía á gritos con tres hombres armados, que no parecían tener para él muy buenas disposiciones.

—¿Qué pasa?—preguntó Martín.

Pasaba, sencillamente, que aquellos tres individuos armados eran de la partida del Cura y habían presentado á Bautista Urbide este sencillo dilema:

O formar parte de la partida ó quedar prisionero y recibir además, de propina, una tanda de palos.

Martín iba á lanzarse á defender á su cuñado cuando vió que á un extremo de la calle aparecían cinco ó seis hombres. En el otro esperaban diez ó doce. Con su rápido instinto de comprender la situación, Martín se dió cuenta de que no había más remedio que someterse, y dijo á Bautista, en vascuence, alegremente:

—¡Qué demonio, Bautista! ¿No querías tú entrar en una partida? ¿No somos carlistas? Pues ahora estamos á tiempo. Uno de los tres hombres, viendo como se explicaba Zalacaín, exclamó satisfecho:

—¡Arrayua! Este es de los nuestros. Venid los dos.

Este hombre era un aldeano alto, flaco, vestido con un uniforme destrozado y

una pipa de barro en la boca. Parecía el jefe, y le llamaban Luschia.

Martín y Bautista siguieron á los hombres armados, pasaron de Alzate á Vera y se detuvieron en una casa, en cuya puerta había un centinela.

—¡Bajadlos! ¡Bajadlos!—dijo Luschia en vascuence.

Cuatro hombres entraron en el portal y subieron por la escalera.

Luschia, mientras tanto, preguntó á Martín:

—¿Vosotros de dónde soís?

—De Zaro.

—¿Sois franceses?

—Sí—dijo Bautista.

Martín no quiso decir que él no lo era, sabiendo que el decir que era francés podía protegerle.

—Bueno, bueno—murmuró el jefe.

Los cuatro aldeanos de la partida que habían entrado en la casa trajeron á dos hombres.

—¡Atadlos!—dijo Luschia, el de la pipa.

Sacaron á la calle un tambor viejo de regimiento y un cesto, y á los dos hombres los ataron.

—¿Qué es lo que han hecho?—preguntó Martín á uno de la partida que llevaba una boina á rayas.

—Que son traidores—contestó éste.

El uno era un maestro de escuela y el

otro un ex-comandante de la partida del Cura.

Cuando estuvieron las dos víctimas atadas y con las espaldas desnudas, el ejecutor de la justicia del Cura se remangó el brazo y cogió una vara.

El maestro de escuela suplicantemente imploró:

—¡Pero si todos somos unos!

El otro no dijo nada.

No hubo apelación ni misericordia. Al primer golpe el maestro de escuela perdió el sentido; el otro, el antiguo lugarteniente del Cura, calló y comenzó á recibir los palos con un estoicismo siniestro.

Luschia se puso á hablar con Zalacaín. Éste le contó una porción de mentiras. Entre ellas le dijo que él mismo había guardado cerca de Urdax, en una cueva, más de treinta fusiles modernos. El hombre oía, y de cuando en cuando, volviéndose al ejecutor de sus órdenes, decía con voz gangosa:

—¡Yo! ¡Yo! (pega, pega).

Y volvía á caer la vara sobre las espaldas desnudas.